

AHMAD BEN QASIM EL BEJARANO: AUSENCIA DE TODA TIERRA¹

Las memorias del morisco Ahmad ben Qasim, el Bejarano, fueron el motivo para que el remarcable escritor tunecino de lengua árabe, Abdelwahed Braham —que conoce que la literatura contribuye a mejorar las relaciones humanas—, creara la autobiografía novelada de este héroe que nació en Piedras Rojas: “Alhayar alAhmar, que podía ser Al Ahyar, posiblemente Láchar”, al oeste de la ciudad de Granada, cuando fue derrotada, y los musulmanes, despojados de sus bienes, fueron desterrados a Castilla. Fueron aquellos unos momentos, en los que la posesión de un libro, escrito en árabe, tenía el mismo valor y el mismo peligro que un arma para todo aquél que lo llevara encima.

Por eso, aunque obligados a recibir el bautismo para evadir la prisión entre otros castigos, los musulmanes, tras observar sigilosamente desde las terrazas y cerrar puertas y ventanas, a cal y canto, leían sus propios libros.

Muchas veces, se trataba de manuscritos, heredados siglos atrás, que los guardaban amorosamente, como oro en paño, en las hornacinas o huecos hechos en la madera de los techos o entre la lana de los colchones. El santo Corán —para comentar y explicar sus palabras— era portado a escondidas, bajo ropajes y entre bestias de carga, al igual que las casidas y las muaxajas. Y es que sus corazones seguían albergando la religión primigenia.

Como había sido circundado, “hecho que decide a qué categoría pertenece la gente”, el ya adolescente Ahmad, “que conocía los peligros que acosaban a un pueblo débil al que no le queda quien le auxilie en

este mundo”, aprende a esconder sus atributos físicos, cuando, acompañado por dos compañeros de clase, cristianos viejos, daban rienda suelta a sus vejigas detrás de la tapia de la iglesia.

Acostumbrado a tener toda clase de precauciones y a ocultar su fe, nuestro héroe acompaña ya a su familia durante alguna celebración de boda y, anteriormente, a la petición de mano de la hija de un conocido para un muchacho de la familia, “que parecía amarla aunque fuera de lejos”.

Más tarde, visita Toledo y el convento de San Juan de los Reyes, construido por los Reyes católicos, en conmemoración de la victoria de la batalla de la Vega del Toro, que tuvo lugar en Zamora, contra Juana de Trastámara, la Beltraneja, por la sucesión de la corona de Castilla. Breve paso, también, por la catedral toledana en la que está trabajando El Greco, a quien “la gente de la Iglesia respeta como si fuera un obispo”.

En sus recorridos por esta ciudad, situada en la margen derecha del río Tajo (Tâjûh), percibe, con entusiasmo, que la mayoría de las fortalezas habían sido construidas por la gente de Yahia ben Ismael ben Dunaan, cuando gobernaba esta ciudad antes que Alfonso VI, como muy bien lo recuerda el texto Nafhettib (El aroma del perfume).

Lejos están las revueltas ciudadanas para instaurar de nuevo el califato Omeya, con Mohamed ben Omeya, llamado antes Fernando. Pero, ay, las desavenencias entre hermanos de religión acabaron dándole muerte: la nación “se desgranó como las cuentas de un rosario, como resultado de sus diferencias, sus

¹ Abdelwahed Braham, *El Trastierro del morisco Bejarano*.

Autobiografía novelada. Madrid, CantArabia, 2009. Traducción del árabe: Mohamed Abdelkefi.

divergencias y su dispersión en taifas y sectas atacándose unos a otros”.

Historias y lecturas que Ahmad comparte con los sabios y que le conducen a la traducción. Es decir, a llevar, de la misma mano, a la lengua árabe y a la lengua castellana, como la senda que contribuye a servir de qantara, pasarela, entre las relaciones humanas: “Me encantó la música de la lengua castellana entre las dos orillas. Ésta me llevaba a la derecha y la otra a la izquierda. Entre las dos, cumpliendo el mismo sentido, había coordinación y armonía que me procuraron un éxtasis no conocido antes”.

Así se abastece de una vasta cultura, como el conocimiento de la poesía de Ibn Zaydún —autor acaso del mejor poema hispanoárabe, la qasida en nun— o de Ibn Hanī —seguidor del poeta iraquí Al Mutanabbi—, con lo que consigue frecuentar las más nobles familias granadinas. Ahmad continúa sus estudios en Toledo, en el campo de la traducción, dominando las lenguas castellana, portuguesa y hebrea así como adquiere conocimientos de francés e italiano.

Llega a leer un ejemplar impreso del Quijote, pues, por entonces, se publicaban libros con máquinas y letras fundidas en metal o esculpidas en madera: todos en lengua aljamiada. Asiste también a las representaciones teatrales de Lope de Vega: La hermosura de Angélica, Los cambios de los tiempos y La Arcadia. Obras todas del creador de lo sublime y lo humano, el más famoso de aquella época que luego se denominaría Siglo de



Oro. Poeta, novelista y dramaturgo, al que el Bejarano llega a conocer, y de quien se decía que escribía con dos manos a la vez por la fertilidad de su imaginación —y llamado por Cervantes Fénix de los ingenios, a pesar de la antipatía que le inspiraba.

Encontramos, ahora, a nuestro héroe, huérfano de padre, por lo que trabaja de cajero con algún comerciante así como de traductor. Hasta que, por la versión de un pergamino, escrito en árabe y aljamiado, encontrado dentro de una caja de plomo durante la destrucción de un alminar, se le concede trescientos reales y el permiso de traducción en ambas lenguas, además de un salva-conducto para trasladarse entre las ciudades de Al Andalus, pero que, sin embargo, no menciona si con él puede atravesar fronteras o embarcarse.

Fallecida también su madre y huido su hermano por temor a la Inquisición, visita por última vez la casa familiar: “el banco del dormitorio donde echó mi padre su último aliento debajo de una cruz de madera que Rosa tapaba con un trozo de tela todas las noches antes de dormir”, y decide vender sus bienes para embarcarse, junto a su amigo Abderrahmán y comerciante de algodón, en el Guadalquivir, el “ultra océano” —aquél que vio partir al pobre y lloroso rey poeta sevillano de los abadíes, Almutamid ben Abad, camino del destierro hacia tierras africanas.

Disfrazados ya, ambos amigos, con trajes de comerciantes españoles, bajo los nombres de Bejarano y Jiménez, y alertas a los inspectores de la Iglesia, puesto que “hasta dejar de santiguarse al oír un nombre sagrado sería considerado una de las grandes faltas que se castigaría con la prisión, el juicio o la hoguera”, toman rumbo hacia el Puerto de Santa María.

Al desembarcar en Alburaycha, hoy Alyadida, llegan a Marrakech, donde Ahmad trabaja en el gabinete del sultán Almanzor —el califa de los ulemas y el ulema de los califas— y para su hijo Mulay Zaidán, traduciendo La Tabla de Zakut, escrita primero en hebreo y luego traducida al latín y al aljamiado. Mientras tanto, su amigo se dedica al comercio del olivo, “puesto que la mayoría de la comunidad morisca, los españoles recientemente convertidos al Islam y los prisioneros de diferentes naciones, conservaron su fe y se dedicaron a varias actividades”.

Allí supo de cuando la corriente islámica discurría por la cuenca del Níger y por el resto de África occidental. Y descubrió la gran importancia comercial del cultivo de la caña de azúcar que era conocido desde los tiempos de los almorávides —detallado en el libro de Idrisi, *El recreo del ansioso*, cuando lo traducía para el cura Maldonado—, así como observó la inteligente canalización de las aguas en Marruecos, que se realizaba del mismo modo en Al Andalus. Y festejó con los marroquíes el nacimiento del Profeta —al mawlid—, evocación en la que se entonaban cantos, poesías y muwachchahat sufíes —composición estrófica en árabe clásico conservada hoy en los países árabes.

Pero en el corazón de Ahmed, el Bejarano, anida la añoranza de España, su patria, pues hasta la misma muerte, lector, pesa más para el desterrado, como “si la lejanía aumentara el efecto de la desgracia”. Y le carcome el lamento de los prejuicios contra los musulmanes: “las religiones no se construyen más que con la voluntad del bien y no la estropean más que sus fieles y sus exegetas, que las explican según les parezca con sus intenciones y propósitos”.

¿Por qué el Bejarano se dedica con ahínco a esta labor? Porque la lengua, desterrada de su lugar de origen, anhela ser enterrada para que eche raíces y el destierro pueda convertirse en brote, en trasplante. Puesto que la lengua, para el desterrado, es la patria misma —mucho más que un idioma.

El héroe, lejos de sus raíces y tierra, lleva, tal vez, en su bolsillo o monedero, la llave de la casa perdida de Piedras Rojas, lleva, en fin, su pasado como recuerdo, como ensoñación. Y cada vez que encuentra ese pasado representado en un poema, en una canción, su corazón se afierra a lo perdido, con desesperación. Porque acudir a la memoria es importante, necesario, para el trasterrado, como lo fue, en la Granada nazarí, para Ibn Yuzay al-Kalbi o Ibn Jamis de Tremecén.

El recuerdo de aquel 23 de septiembre de 1609 —día fatídico de la publicación del decreto de expulsión de los moriscos por orden de Felipe III, a la que precedió el orden de su padre, Felipe II, de censurarlos: “incluso los fetos en los vientres de sus madres”—, lleva, tal vez, al Bejarano a sentir en propia carne, aquel lamento del morisco Ricote en su conversación con su paisano Sancho, que recoge el capítulo LIII de la segunda par-

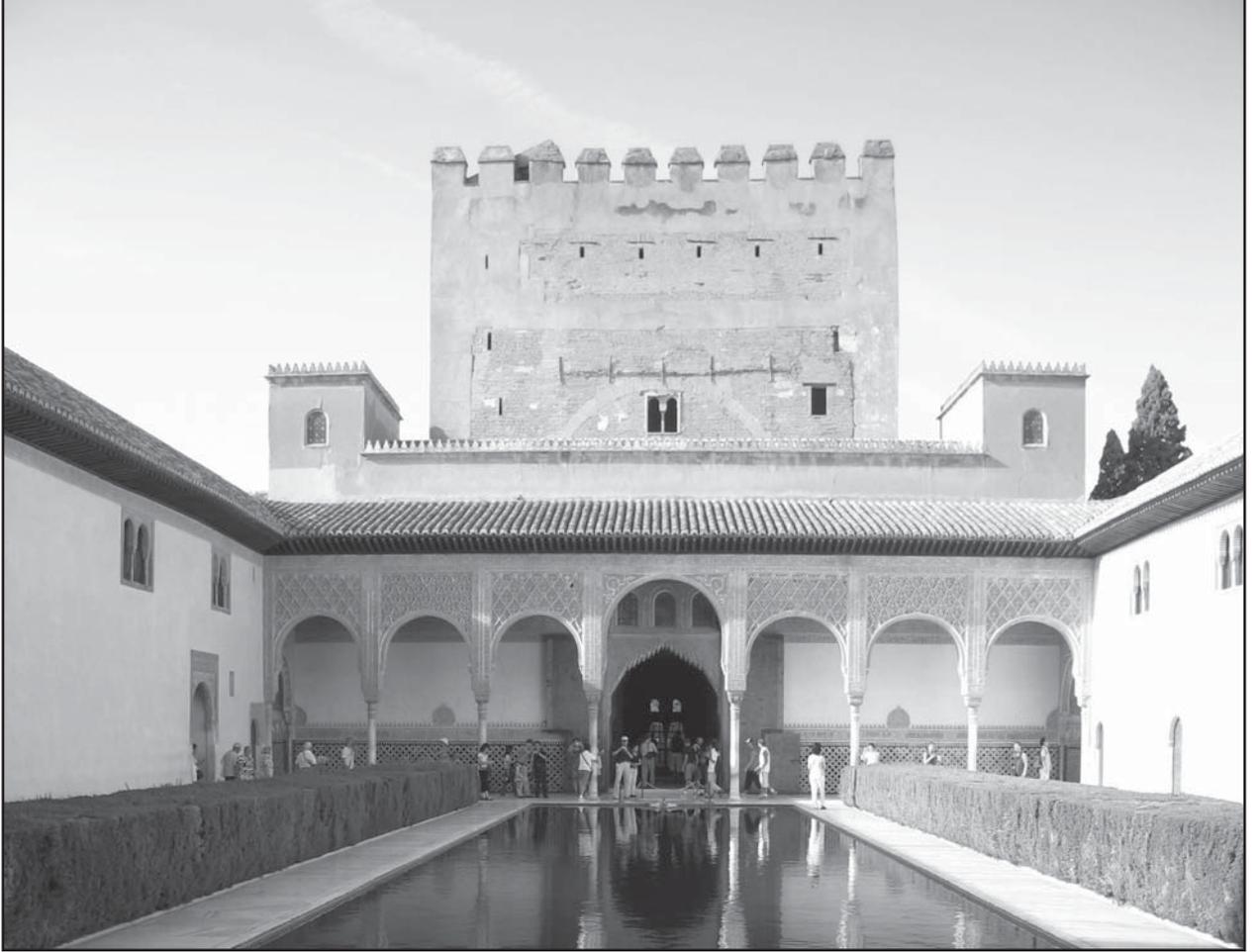
te del Quijote, y que tomó Cervantes prestada al imán Arraquiti, el Murciano, amigo de Alfonso X:

“Doquiera que estamos lloramos por España, que, en fin, nacimos en ella y es nuestra patria natural [...]; agora conozco y experimento lo que suele decirse, que es dulce el amor de la patria”.

Porque destierro, lector, no significa sólo ser exiliado, exclusión de la tierra natal, sino algo más radical, el hecho de estar sin tierra, la ausencia de toda tierra, de todo cimiento substancial: “Algunos salieron en barcos alquilados por el rey para ellos y otros cruzaron el mar en barcos alquilados a algunos franceses, que les robaron en la travesía”.

Continúan las andanzas de nuestro héroe, puesto que la emigración hacia nuevas tierras y sociedades sirve como elemento fundamental para conservar el pasado heredado. Como el anhelo de Abderrahmán I, conversando con la palmera, es prueba de la añoranza del pasado. Y encontramos ahora al Bejarano en un buque, en la ciudad de Asfi situada en el Atlántico, y en dirección a Europa. Y sabemos de su regreso y de la ola de fanatismo desatada en Fez, contra los judíos y la demolición de sus sinagogas, puesto que cambió la situación en el país que había elegido vivir junto a su amigo Abderrahmán: “La situación está revuelta y se revolverá aún más si aumenta el poderío de los seguidores de la zagüías y de las sectas sufíes, aquellos a los que la ceguera del fanatismo y de la ignorancia les quitó su inteligencia hasta confundir entre los asuntos de la vida y los de la religión”. En efecto, la llegada de los hornachos a Rabat —llamada entonces Salé la Nueva—, procedentes de Extremadura después de su expulsión, dio lugar a desavenencias con los musulmanes autóctonos, discordia entre hermanos “cuando antes estaban unidos para afrontar al enemigo español”.

Llega al puerto de Le Havre y luego a Rouen, París y Burdeos, y entabla interesantes conversaciones sobre religión, el adulterio, la pederastia, la homosexualidad, la poligamia, y la prohibición del cerdo y del alcohol —mencionada por Marcos y Zacarías en el Evangelio—. Nos describe las alusiones a la vida monástica, a la confirmación de la divinidad en Tres Personas distintas. Nos menciona el texto llamado Baldo y a la papisa inglesa Juana o Gilberta. En Holanda,



entabla discusiones con judíos, y será en La Biblia, en el idioma aljamiado andalusí, donde también encuentra respuesta a muchos interrogantes que le plantean a nuestro héroe. De todas esas justas, de todas esas discusiones, sale nuestro trasterrado airoso, debido a su inteligencia y erudición, unidas a su respeto por el Otro.

Sus pasos se dirigen ahora a Amsterdam, ciudad que admira por sus navíos y belleza. Desde allí nos narra las teorías de Lutero y Calvino. Visita Leiden, La Haya —“con los días más largos del año, cuando se encuentra el sol con Cáncer”—, donde conoce a importantes personajes, como Thomas Erpenius, Mohammed Errachrachi y al príncipe Maurice, a quien explica la verdadera causa de la expulsión de los moriscos por el rey español Felipe. Airado por tales desmanes, argumenta este príncipe: “¿Qué te parece que nos pongamos de acuerdo con el Sultán de Marrakech y el sultán otomano? ¿Podríamos, con tal alianza, vencer al Rey de España y cogerle, después de todo lo que hizo y hace?”.

Surcando ya el mar profundo, donde “la piratería se convirtió en un oficio y un comercio con ríos de oro

que llenan las cajas de los gobernantes”, aumenta la melancolía de nuestro héroe —¡Qué lejos Al-Andalus y cuán cercano!—. Clamor de exiliado, anhelo del expatriado, que no pudieron borrar el espacio ni el tiempo.

Aguas de vencedores y vencidos, en tantas batallas, ejércitos que invaden y luego son invadidos, banderas enfrentadas en las que descuellan la cruz y la media luna.

Esas mismas aguas que transportaron a Musa ben Nusair y al zenata Tareq ben Ziyad, a la conquista de Djebel Tariq (Gibraltar). Y, ahora —cavila el Bejarano—, “la patria que elegí para vivir se está destrozando y sus gentes sufren la obsesión del misticismo y el amor de los santos, o la locura de la revolución contra todo” [...]. Gentes que perdieron la cabeza después de perder la tierra y la patria”.

El jeque Ahmad el Hachari, nuestro Bejarano, se encuentra ya establecido en Túnez, cuyas ciudades le recordaban la arquitectura de siempre, tejados cubiertos con tejas, arabescos, patios florecidos con fell, sombreados por hojas de parra o jazmín, y fuentes

multicolores, cuyas aguas reverberantes salían de enormes aljibes, jardines con palmeras, rosales y arrayanes.

Visita la mezquita aljama, rodeada por ocho puertas y construida por Yusuf Dey. Después, entra en la madraza Yusufía, dedicada al estudio del derecho hanafi —una de las cuatro escuelas de exegesis y jurisprudencia en el Islam.

Su asombro es enorme al observar la arquitectura otomana, los capiteles romanos, los arabescos andalusíes, el mármol italiano o portugués, dando así prueba de la historia de esta tierra tunecina, rica, enraizada en las culturas, fecundo mestizaje cultural románico-arábigo.

Como sus cuatro zocos, fundados también por el generoso Yusuf Dey, especializados en diferentes comercios, cuyos ingresos bastaban para su mantenimiento. Y de la mano de Mustafá Cárdenas, atravesando varios pueblos habitados por andaluces, conoce también la ingeniería de los regadíos, que fertilizan la tierra en distribución equilibrada —dando lugar a la recogida de su fruto durante tres estaciones—, como el azud romano para cubrir los olivos, sin inundación.

Se dirige a Testur —con ruinas de un pueblo romano llamado Tichilla: antigua e importante etapa en la vía de Cartago a Tebessa—, y entonces, ante la vista del manso río Mejerda, en cuya suave curva se erige Testur, le llega la nostalgia del Genil —segundo río de Al Andalus después del Guadalquivir.

Luego, a la contemplación de la presa del Batán y sus compuertas, que provoca también la inundación moderada de las tierras, constata su gran beneficio para tan ricos vergeles, con todo tipo de frutas esmeradas: “como el albaricoque echachi traído desde Al Andalus, famoso en la región de Zaguán, que es el temprano de Murcia, y como las almendras malagueñas, las uvas dulces de mesa de Rafraf, fumigadas y podadas a lo largo del año, como lo hicimos en nuestra finca de Piedras Rojas”.

Ahí, en Testurt, no siente ser un expatriado de España, ni haberse alejado tanto de ella, “no más de la distancia que separa Piedras Rojas de Granada”. Incluso, al haber conservado los moriscos, en estas tierras, el

aljamiado, permanecerá “el nombre de gobernador y alguacil hasta el día del Juicio Final”.

Pero la integración no está siendo fácil. Expulsados de España y de Francia, Túnez, con su gente generosa, los mira aún con extrañeza, desconfianza, por su lengua y vestimenta. Es necesario, entonces, un periodo de adaptación.

Y es que los moriscos —el islam español bisagra de nuestra Historia que brindó a Europa una de las civilizaciones de las más refinadas— intentaban recuperar el alma que su cuerpo había perdido. Habían sufrido ya la amputación de España, y la convivencia, les había sido negada.

Decidido a contribuir en esa integración, en una nueva tierra, acepta la dirección de la madraza andalusí en Túnez, y recoge en Testur varios libros, como un ejemplar de los documentos de El foso del paraíso, copiado por el jeque Al Ukayhel en Granada, y llevado a Túnez por el alfaquí Yusuf Calvo, de donde se extrajo El credo de Tasfiyun ibn El Attar, sobre la unicidad de Dios, entre otros temas. Recoge también el texto Ibadat, que le serviría más tarde para dar clases a los estudiantes.

Y por azar, mientras está hojeando esos interesantes libros, tropieza con un manuscrito en aljamiado, español y latín, y hasta en español con caracteres griegos, firmado por Ali ibn Mohammed Soler, con una dedicatoria con letras españolas, escrita al dorso del manuscrito: De Francisco el universal... Habitante de la tierra.

De este personaje extrae la lección humanística siguiente: liberarse de la esclavitud de las patrias, trocar la amargura del destierro, la humillación de quien expulsa y el desprecio de quien insulta, por algo más noble, por el orgullo de pertenecer a la tierra entera, de ser, en fin, sencillamente su habitante:

“Yo soy Ahmad ben Qasim el Bejarano, el Hachri, el granadino, el andaluz, el marrakechí, el magrebí, el tunecino [...] Como tú, Francisco, errante con el manuscrito de Ali Soler entre los cuatro puntos cardinales”.

Leonor Merino
(Universidad Autónoma)